

LITERATOS CACERENSES

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL EXCMO. SR. D. ALFONSO DE FIGUEROA Y DE MELGAR, MARQUÉS DE GAUNA, EN CÁCERES, EL 30 DE ENERO DE 1967).

«Excelentísimos e ilustrísimos señores, señoras, señores. Ante todo quiero dar las gracias a D. Valeriano Gutiérrez Macías por las palabras tan amables de presentación de este escritor que se ve honrado por el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad con la invitación de pronunciar una conferencia ante ustedes, en tan alta ocasión como es el Bimilenario de Cáceres. Produjo nuestra ciudad un sinfín de hijos de Marte; los guerreros cacereños en sus cabalgadas hacen España y con sus esplendentes hazañas ultramarinas, América.

Ulloas, Ovandos, Figueroas, Paredes, Giles y Mogollones, Valverdes, Mayoralgos, Carvajales, Sandes, Vargas y Loaysas. Godoyes, Espaderos, Modroyes, Galarzas y Tovares tejen con sus vidas los más bellos tapices de la patria historia. Pero Cáceres, que inspiró por sus nobles piedras y las hazañas de sus hijos tantas horas literarias, poéticas e históricas, produjo en proporción pocos hombres de letras. Ello quizás se deba a que la Audiencia se instala muy tardíamente a fines del siglo XVIII. También faltaron los canónigos que siempre daban un tono filosófico, intelectual, a las ciudades con sede episcopal. Pero con el arribo de togados y curiales la vida del espíritu experimentó un gran impulso. Por ello, en el siglo XIX aflora una brillante república literaria en Cáce-

res, aunque también antes de ese siglo nacieran y moraran en Norba ingenios muy notables, como veremos. No en vano el Colegio de Humanidades se funda en el siglo xvi en tiempos de Felipe II por D. García de Galarza, Obispo de Coria, lo cual significó la existencia de un centro irradiador de cultura.

Comenzaremos este examen de ingenios de la galería de literatos cacereños con uno de los más antiguos de que tenemos noticia, recientemente descubierto por D. Antonio Rodríguez-Moñino, extremeño universal. Se trata del poeta Gonzalo de Figueroa, de cuyos pasos por Cáceres descubrí yo, el más humilde, pero fervoroso amante de las glorias de la villa y hoy ciudad, la huella dejada por los archivos cacereños.

Acabaremos esta galería de bosquejados retratos a comienzos de este siglo que vivimos, pues la pléyade de escritores cacereños actuales es tan nutrida y benemérita como conocida de todos ustedes.

Nació Gonzalo de Figueroa en Cáceres, y probablemente muy cerca de la iglesia de San Mateo, en 1496, pues en su declaración en el expediente del caballero sanjuanista Fernando de MONROY, prestada en Cáceres el 26 de Julio de 1563, manifiesta ser natural y vecino de la villa, y de edad de sesenta y siete años. Su partida de bautismo no se ha hallado ni nunca podrá en contrar pues a fines del xv, no existían aún los libros parroquiales.

El tomo de poesías de Figueroa está impreso en Sevilla en 1550, y en él se dice que su autor era clérigo y natural y vecino de Cáceres. Hace alusiones a 1546 y 1549 y al principio figuran poesías laudatorias a la ciudad y a dos amigos del poeta, Lorenzo de Ulloa Porcallo, vecino y regidor de Cáceres, y Johan Galíndez clérigo. Ambos también devotos de las Musas. El libro, rarísimo, descubriólo R.-Moñino en la Biblioteca Nacional de Viena, y no se conocen más ejemplares que ese. Lo va a publicar con prólogo y notas el sabio profesor extremeño, que me anuncia que es gran- de la inspiración poética de mi homónimo Gonzalo de Figueroa.

En el testamento del prócer cacereño DIEGO DE ALCOCE y Contreras, otorgado ante el escribano Francisco de Figueroa, probablemente pariente del poeta, el 30 de Agosto de 1522, funda aquél una capellanía, y por la amistad del testador con Sebastián Gallego, que por enfermedad no está presente, desea que sean

capellanes de la dicha capellanía, los hijos de Gallego, Luis Delgado y Gonzalo de Figueroa, si se hacían clérigos de misa. Delgado prefirió la carrera de las armas y fué capellán GONZALO de Figueroa, que con las rentas de la capellanía llevó una vida desahogada y pudo pulsar la lira sin tener que preocuparse por el diario sustento. Gonzalo de Figueroa era además ahijado de Diego de Alcoce. Alcoce era primo de Mogollones Espaderos, apellido este de su mujer. En la primera mitad del xvii, es patrono de su capellanía Gonzalo Espadero Saavedra, Regidor Perpetuo de Cáceres. Según Hurtado, Sebastián Gallego era escribano en 1498, Nuestro poeta es padrino de lo más granado de la aristocracia local, con la que estaba emparentado, y así por ejemplo, en 1561, apadrina a la niña Catalina de Loysa, de nobilico «cognomen», ilustrado por capitanes y príncipes de la Iglesia.

Su gran amigo Johan Galíndez Golfín, era el párroco de San Mateo, con el que charlaría a placer de teología y sobre todo de su común pasión por la lírica. El otro componente del trío de plumíferos es el caballero cacereño LORENZO DE ULLOA PORCALLO, Regidor de la villa y miembro de una de las más ricas y linajudas progenies de Cáceres, considerado desde el Medievo como uno de los cuatro grandes solares de nobleza.

Lorenzo de Ulloa no fué sólo protector de las artes y las letras, sino el mismo afortunado cultivador de ellas. El amor a su pueblo hace que apadrine a un sinfín de niños y dote generosamente a muchas doncellas pobres, como aparece por los libros sacramentales de San Mateo. (En 1529, 1530, 1531 y así hasta 1560 en que aún vive, según el Memorial de Ulloa, Lorenzo de Ulloa Porcallo, vecino y Regidor de Cáceres, heredó en 1535 la casa y mayorazgo de Fray Alonso de Torres, su tío, que fundó un vínculo con sus bienes en 1517.

Había casado Lorenzo con D.^a Juana de Ovando, hija de Francisco de Ovando y Ximena de Mayorazgo. Era hijo el caballero poeta de Vasco Porcallo y Ulloa y de Leonor de Torres Ulloa, su mujer y prima; nieto paterno de Lorenzo de Ulloa, Señor de Malgarrida y de Beatriz Morán; Bisnieto materno-paterno de Hernán Pérez de Ulloa, Señor de Malgarrida y de Gracia de Carvajal, natural de TRUJILLO, de cuya coyunda descienden los Carvajal, de la calle Empedrada y los de Abrantes, que tomaron el apellido de Carvajal materno.

Era el poeta, y perdonen por tanta genealogía, tercer nieto de LORENZO Fernández de Ulloa «El caballero», cabeza de la CASA de los Ulloas de Cáceres llamada de Hernán Pérez, distinta de la del Comendador de Alcuéscar. Lorenzo, el caballero, fué Camarero y Vasallo muy apreciado de Enrique II el de las mercedes que en 1395 le concedió el señorío de la aldea de Malgarrida. Edificó su casa el primer Señor de Malgarrida, en el solar de lo que hoy es Diputación provincial y antes convento de las monjas de JESUS. Compruébase, pues tras la larga perorata linajística que el amigo de Gonzalo de Figueroa era de lo más aristocrático e influyente de la localidad y uno de los más pujantes caballeros de toda Extremadura. Con buenos y cresos amigos, buenos libros y tranquila conciencia deslizó su vida, pues Gonzalo de Figueroa, cuya lectura de sus obras esperamos con anhelo los amantes de la poesía, ocasión que nos brindara D. Antoni^o R.-Moñino, incluyendo así un sumando de calidad en la copia de cacereños ilustres.

Otro literato cacereño de nota en el siglo XVI, es el Doctor Rodrigo de Osma Delgado, canónigo de la catedral de Badajoz y autor de unos *Discursos Patrios* publicados a mediados del siglo. Una hermana suya casó con el abuelo del gran historiador emeritense Bernabé Moreno de Vargas.

En la segunda mitad del siglo XVI vivieron los cacereños Fray Francisco y Fray Juan de Ovando Paredes, franciscanos, grandes latinistas y teólogos escolásticos, que ilustraron con sus letras familia cual la suya tan ensalzada por las armas. Eran hijos de don Cosme de OBANDO y de D.^a Beatriz Paredes ROCHA y provincia, de su orden el Fray Francisco.

En 1549 nació el dominico Fray Antonio de Cáceres y Sotomayor, gran teólogo, que ya en el XVII fué confesor de Felipe III y de su hijo el entonces príncipe de Asturias, futuro Felipe IV, el REY POETA. Su oratoria sagrada celebradísima en su tiempo está condensada en dos tomos de sermones. Publicó una Paráfrasis de los Salmos, muriendo de Obispo de Astorga en 1615.

Del siglo XVI, es el cacereño Francisco de Madrid, fraile de la Merced, autor de la crónica de su Orden y de la vida de la venerable madre Mariana de JESUS.

Ya en el siglo XVII, en pleno imperio del barroco, el caballero Juan Blázquez Mayoralgo, segundón de la casa de Blasco Muñoz,

pasó a América, donde fue Regidor de Veracruz, publicando en Méjico, en 1646, un libro de filosofía política intitulado: *La perfecta razón de Estado, deducida de los hechos del Señor Rey D. Fernando el Católico, contra los políticos atheístas*. En 1666 compone y publica, *Las Reales exequias que la villa de Cáceres, hizo a D. Felipe IV*, escrito de circunstancias, curiosos para el conocimiento de la vida local, que describe la suntuosidad de las celebraciones fúnebres, que con toda pompa litúrgica y hondo sentimiento popular se llevaron a cabo con tan infausto motivo, como el de la muerte del Monarca protector de plumíferos de toda laya.

Arqueólogo e historiador es el presbítero Antonio Sánchez de Cabañas, que en 1665 vivía en Cáceres, y siendo beneficiado de la catedral de Ciudad Rodrigo, escribió *Historia Civitatense*, especie de biografía de Miróbriga, y un libro sobre las antigüedades de España.

El franciscano cacerense Fray Domingo Dávila escribió en 1648 una *Historia de la provincia de San Gabriel, con las noticias hasta hoy nuevas, y apliadas las de otros cronistas, hasta 1645*.

Trabajo interesante para el estudioso, no sólo de la Orden del Seráfico «Poverello» de Asís, sino para el historiador del arte, pues en él se habla de fundaciones y construcción de conventos, tallas de santos, pinturas, etc. etc.

Don Sancho de Figueroa y Ocano, Vicario y Juez Eclesiástico de Cáceres, fue el sacerdote que celebró la primera misa en el Santuario de la Virgen de la Montaña, Patrona de Cáceres, el 8 de Octubre de 1628, y compuso para su venerada imagen esta oración:

«Sálvate Dios, Reina de Virginal Pureza, María, madre de mi Señor Jesucristo, Vergel hermosísimo de los deleites del Paraíso, del cielo rosa cándida y olorosa sin espina de original pecado. Yo te bendigo y alabo, pues eres engrandecida del mismo Dios, hija del Padre, madre del Hijo, y esposa y templo del Espíritu Santo. Suplicote Señora, yo el más indigno de todos tus capellanes, me concedas y alcances de tu Precioso hijo, de tal manera vivir en esta vida, que cuando de ella parta vaya a gozar de la eterna, donde en cuerpo y alma vives y reinas por todos los siglos sin Fin. Amén.»

Preces llenas de religiosa unción que honra a este mi lejano colateral.

El padre Diego González Holguín o Golfín, de la Compañía de Jesús, en 1607, editó una gramática y vocabulario de la lengua quechua en Lima. El quechua es la lengua que hablan los indios del Cuzco y del altiplano boliviano. Fué y es libro importantísimo en su tiempo, porque sirvió para evangelizar a la indiada y en nuestros días para ser un trabajo sistemático sobre el complicado idioma quechua que aún parlan millones de peruanos y bolivianos.

El licenciado Juan Rodríguez de Molina, Preceptor de Gramática en 1644, es autor de una pintoresca y curiosa «Historia descriptiva de la villa de Cáceres», publicada en 1908 en la *Revista de Extremadura*.

En 1687 vivía el presbítero licenciado Juan Ojalvo, que escribió un libro sobre «Las Antigüedades de Cáceres», que el buen sacerdote envió al canónigo de Badajoz, D. Juan Solano de Figueroa, natural de Jaraicejo en nuestra provincia, para que lo publicase. Si la magnífica *Historia del Obispado de Badajoz*, de Solano, no se imprimió hasta nuestro siglo, las antigüedades del buen levita cacereño, corrieron peor suerte y se perdieron sin que nadie tenga noticias de ellas, conociéndose de su existencia por la correspondencia del doctor Solano.

Fernando Alonso Ramos, nacido en Cáceres en 1583, y fallecido en 1658, agente en Madrid del Ayuntamiento cacereño, escribió un poema en loor de la pureza de María Santísima.

Fray Diego de Cáceres de la Rocha, General de la Orden Jerónima en la primera mitad del siglo xvii escribió unos comentarios a la Summa Teológica de Santo Tomás, muy celebrados entre la clerecía ilustrada de su tiempo.

Pasemos ahora a dar cuenta de los literatos cacereños del siglo xviii, siglo del racionalismo y de la impiedad, por ventura con poca repercusión en la villa de Cáceres, católica a machamartillo, anclada entre sus dehesas y que vive plácidamente aquella centuria. Tan sólo a fines de ella cambia su rumbo notablemente con la implantación de la Real Audiencia de Extremadura, que significó un aliento renovador en la vida de la nobiliaria villa, impulsando el nacimiento de la clase media y de una actividad cultural más intensa.

De todos los escritores cacereños de aquellas fechas el de labor más meritoria para los cacereños de hoy es el presbítero D. Simón

Benito BOXOYO, de familia humilde, que en medio de la indiferencia y aún de la hostilidad de muchos de sus paisanos poco ilustrados, salvó del olvido lápidas e inscripciones, tradiciones y papelorios. Nació en 1739 y parece ser que era pariente de un don Francisco BOXOYO, exento de Guardias de Corps, a quien cita en sus *Noticias históricas de la villa de Cáceres*. Al igual que el que os habla fué férvido amante de los archivos, y ordenó el de los Mayoralgo, el de los Ovando y el de sus señores los Golfines de Torre Arias, de cuya casa fué capellán. Incluso llegó a escribir una historia de los Golfines, que por desgracia se ha perdido. Publicó en Salamanca, en 1784, la historia del Santuario de la Virgen de la Montaña y compuso la novena de esta venerada imagen. Fué entusiasta organizador de funciones religiosas, y en su época nadie reparó en sus dotes de literatos e historiador y sí en su unción sacerdotal y en su virtud de varón activo y bondadoso.

Precisamente para nosotros, que celebramos el bimilenario de Cáceres, D. Simón Boxoyo, desbrozó el camino en su incansable amor a la arqueología con el descubrimiento en 22 de MAYO de 1794, de una lápida de tres cuartas de alto y una vara de ancho, con una sola línea en la parte superior en esta forma: COLONIA NORBA CAESARINA. Tal lápida la halló el presbítero Boxoyo, cuando estaban deshaciendo un pedazo de muralla cerca del sitio en que estaba la puerta de Mérida, en el corral de la casa de don Pablo de Monroy. Esta lápida se ha perdido, pero gracias a la descripción y transcripción del buen cura Boxoyo, ha sido de gran utilidad para los eruditos.

Era este ilustre cacereño muy amigo del gran historiador don Juan Francisco de Masdén y del geógrafo D. Tomás López. Junto a él y compartiendo sus aficiones y desvelos, estuvo D. Claudio Constanzo, también al servicio de los Golfines, pues era su administrador.

Parece ser que acabó de escribir sus *Noticias históricas de la villa de Cáceres* en 1794, y al cabo de más de siglo y medio, fueron publicadas por el Departamento provincial de Seminarios de FET y de las JONS, de CÁCERES, en 1952, con unos comentarios preliminares y notas del gran historiador y literato extremeño don Miguel Muñoz de SAN PEDRO, CONDE DE CANILLEROS y de SAN MIGUEL.

El día 15 de Julio de 1807, se retiró de la escena del mundo tan callada y humildemente como había vivido. La muerte dejaba en desamparo los papeles del buen cura autodidacta, de los que no poco se aprovecharía Constanzo y en los que mucho más se cebó la incuria y el olvido. D. Narciso Bojoyo, su sobrino y heredero, parece que aún supo guardar los apuntes y papelotes de su tío hasta que se dispersaron totalmente en su testamentaría.

Don José Barriga y Gómez, párroco de Santiago a fines del XVIII y principios del XIX, nació en 1756, y es un gran teólogo y escritor místico, cuyas obras manuscritas tuvo a la vista el gran don Publio Hurtado y Pérez, maestro de la erudición extremeña.

Fray Benito Gil Becerra publicó en 1729 una obra dedicada al Duque de Abrantes, pujante aristócrata cacereño, hermano de uno de los más ilustres hijos de Cáceres y aún de España, D. JOSÉ DE CARVAJAL Y LANCASTER.

Intitulábase el libro de Fray Benito *Paraíso de Oraciones Sagradas*, colección de sermones barrocos, grandilocuentes, efectistas y desde luego muy superiores a la chirle oratoria sagrada de nuestros días, monótona, mortecina y tan sólo avivada en algunos casos por brotes de demagogia, más propios de la tribuna que del púlpito. Un D. Andrés Durán de la ROCHA, poseedor de rico Mayorazgo, fué admitido el 17-6-1743 como Académico honorario de la Historia.

En el siglo XIX, el establecimiento de la Audiencia, repetimos, aumentó considerablemente la actividad intelectual y casi todos los poetas y literatos son abogados, jueces o curiales, gentes de estudios. Incluso algún aristócrata deja por algún momento el ejercicio venatorio y la eterna fabla acerca del precio de las lanas y granos y hace sus pinitos literarios.

El siglo XIX, es quizá en el que más amantes de las musas se dieron cita en la maravillosa villa murada, ciudad al final de la centuria por gracia de Alfonso XII, el rey mancebo y galán. Cáceres de «los palacios y las torres de los viejos hombres idos en el carro de los tiempos de la gloria y del honor», iba a honrarse en ese siglo no sólo con las armas, sino también con las letras de sus hijos beneméritos.

El amigo de Bojoyo, D. Claudio Constanzo, escribe en 1801 una *Colección de inscripciones romanas de la provincia*, sacada

principalmente de los papeles de su amigo, que era un auténtico sabio.

Don Felipe-León Guerra, médico y humanista escribió unas observaciones a las antigüedades de VIU y tradujo en verso la Eneida de Virgilio, con general aplauso entre los clasicos de los años 50 del pasado siglo, y que no gustó nada a los románticos furibundos, partidarios de la libertad, que dando de lado a Clori, Antinea, Penélope, Circe, Melpómone y demás caterva mitológica, cantaban su dolor y su pasión por mujeres de carne y hueso.

Exaltado poeta romántico y una auténtica y desbocada fuerza de la naturaleza fué el Excmo. Sr. D. Manuel de Aponte y Ortega Montañés, Marqués de TORREORGAZ, que a mediados del siglo atronó con sus voces estentóreas las recoletas callejas del barrio viejo, recitando a pleno pulmón, jinete en brioso alazán, su Oda al Dos de Mayo, «velada poética» que le acreditó de poseedor de voz potente y de median bardo. Gran amante de las bellas, gastó en francachelas buena parte de su fortuna, que pasó mermada pero aún enorme a su sobrino D. García GONZALEZ DE ARCE de ANDIA IRRARRAZABAL y de Aponte, Colón de Larreátegui y Ortega-Montañés, Marqués de Torre Orgaz, De Camarena la Real y de Camarena la Vieja, Conde de los Corbos, conocido por el único título que no ostentó: el de Marqués del Reino. Su vida, muy novelesca, inspiró más de una novela, pero él no escribió una línea. Muy aficionado a las damas, sintió un santo horror al matrimonio, dejando cual su antepasado el gran extremeño D. Gutiérrez de Sotomayor, pensiones a más de cincuenta satisfechas amantes.

Don Miguel Jalón, Marqués de Castro Fuerte, cuñado de don Manuel y tío de D. García, contó a Publio Hurtado, que tuvo en su poder varios fajos de cartas con la correspondencia amorosa de su hermano político. Desgraciadamente llevado de su amor a las letras las quemó. Sin duda sería curiosa y no apta para menores.

Don García, menos amante del género epistolar, cambiaba con desenfado tal de dama, que no dió lugar a correspondencia amorosa y todo lo más a prosaicos ajustes de cuentas. ¡Descansen en paz los dos linajudos próceres, que de vivir en época menos mezquina que nuestro chato y ramplón siglo XIX, hubieran seguido la brillante ejecutoria heroica iniciada por sus pasados, desfacedores de entuertos y caballeros cumplidos, en las lides que ensancharon España por cinco continentes.

Don Juan Daza Malato, fundador en 1852 del periódico *El Regenerador Extremeño*, notable poeta, compuso una Oda a la vida, cuyas dos últimas estrofas, muy alegres; son aquestas:

«Llorar, eternamente
sentir y padecer jesa es la vida!
el cielo solamente
con su quietud querida
el alma cuando sufre, la convida.

Pensemos en el cielo:
elevemos el alma a las alturas.
Allí están el consuelo,
las plácidas venturas
que alivian nuestras crueles amarguras.»

Y pasemos a otro poeta festivo, esta vez de verdad. Se trata de don Antonio González Villaamil, abogado cacereño, autor de epigramas, algunos llenos de sal gorda, como éste:

«-¿Una más rara ocurrencia
podrá verse, mujer?... dí
los toros de mas potencia
en la plaza huyen de mí.

-¿Y te asombra eso, marido?
Siempre estas haciendo, el bú,
huyen porque han conocido
ser menos bravos que tú.»

Este letrado de la segunda mitad del pasado siglo fué muy celebrado en corros y tertulias por su genio maledicente y su mordacidad caústica.

Altísimo poeta fué D. Antonio Hurtado Valhondo, tío del gran don Publio, nacido en Cáceres en 1824. Autor de aplaudidas comedias: «La fortuna de ser loco», de 1841, «La conquista de Cáceres». Escribió también zarzuelas con música del maestro Arriera, como «El Sonámbulo».

Dedicado a la política con buena fortuna, vióse distinguido con la amistad de don Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO; hombre público y literato eminente del bardo Núñez de Arce, de Gasset y de otros ingenios. Fué Diputado por Cádiz y Senador

por Puerto Rico, falleciendo el 21 de Junio de 1878, aún joven y en medio de los éxitos más lisonjeros. Cultivó la poesía épica en su «Romancero de Hernán Cortés» y gran conocedor de la dramaturgia del siglo de oro, estrenó varias comedias de capa y espada inspiradas en Calderón de la Barca y Lope. Cayó en la debilidad, muy propia de su tiempo, de asistir a veladas de espiritismo, no sabemos si crédulamente o con ánimo zumbón y por pasar el rato.

Sus más conocidas composiciones poéticas son unos cantos a la Virgen de la Montaña y un bello madrigal que para deleite de mis oyentes recito:

•Recoge, niña, en tu sin par guirnalda
los mil anillos del cabello de oro
que ornando abruman tu redonda espada,
de blanca nieve perennal tesoro.

Apaga las centellas peregrinas
con que eclipsas la luz de las estrellas,
pues loca no imaginas
el fuego que encender puedes con ellas.

Destierra los corales
que derraman carmín sobre tu boca;
pues si inhumana sales
a ostentar a la luz tantos hechizos
redes de amor serán tus sueltos rizos,
fuente de mil agravios
el rosicler brillante de tus labios,
y manantial de enojos
la pura lumbre de tus claros ojos.

Este madrigal fué recogido por D. Publio Hurtado entre los cientos de poesías de su tío, desperdigadas en revistas y periódicos. Un poeta lleno de fervor mariano, pero que avanzó poco por la senda del Monte Parnaso es D. Serafin Olave, probo funcionario y honrado padre de familia, que nació y moró en Cáceres en la primera mitad del siglo XIX.

El abogado D. Emilio Pérez Morales, muy avanzado de ideas y Jefe del partido republicano en Cáceres, nació aquí en 1841. Poeta más que mediano, llevado de un rasgo caballeresco, dada su filiación política, compuso una elegía a la muerte de doña

Mercedes de ORLEANS, mujer del Rey D. Alfonso XII. Al final de su fúnebre canto, el impenitente republicano arrima el ascua a su sardina, y tras llamar a la infortunada reina «Dulce niña, noble dama, joven hermosa», salta con los siguientes improperios:

«La tierra que tus mayores
sembraron de guerra y luto,
La tierra que no vió fruto,
De tus tempranos amores,
Te cobija con piedad,
De sus lazos desatada,
moradora de una estrella,
Lis de sus valles preciada,
Pide al cielo para ella
Aromas de libertad.»

Vuestro paisano D. Alejo Leal y JIMÉNEZ, que vivió en la segunda mitad del XIX, escribió una *Geografía descriptiva* en verso, prosa rimada poco poética, pero sí instructiva, que era lo que pretendía D. Alejo, maestro nacional.

Don Vicente Maestre, casado con una Cabrera, hija del Vizconde de la Torre de Albarrajena, importante primate local, fué un notable historiador y publicó en 1843, unas *Efemérides de Extremadura*.

En el género lírico y sentimental, descolló D. Luis Marcelo Marcos, oficial de la Audiencia, que a fines de siglo deleitó a las jovencitas de tierno corazón, con su húmedo tomo de poesías: *Risas y Lágrimas*.

Y ahí va otro bardo: D. Luis Sergio Sánchez y González, conocido por D. Luis del Mármol por el parentesco que tenía con el humanista D. Manuel del MÁRMOL, nació en Cáceres hacia 1800 y alentaba aún en 1860. Publicó una *Exposición filosófico-crítica de los principios de la literatura*, y poeta correcto de corte clásico de entre su abundosa obra extraemos esta su «Oda a la Aurora»:

«¡Salve, aurora feliz, alma del cielo
que en amoroso anhelo
el negro manto de la noche oscura,
que cubre el horizonte de tristura;
descorres con ebúrnea mano.»

...y por ser muy largo, saltamos a la última estrofa del poema:

«Ya que a mí tosca lira
benigno nunca inspira
el délfico crinado
que se baña en la fúlgida hipocrene,
y en silla de marfil y oro sentado
el reino de las piérides sostiene:
al menos yo en la margen recostado
del arroyuelo de plácido corriente,
o tal vez sobre el césped floreciente
del algún ameno prado,
oiré embebido a las cantoras aves
en tonos melodiosos y suaves
celebrar con destreza
tu influjo, linda aurora, y tu belleza.»

Don Luis fué muy protegido del Marqués de Camarena, cuantioso mecenas.

De lo poco que de verdad dice D. Nicolás Díaz y Pérez, en su tristemente célebre *Diccionario de extremeños ilustres*, es que don Miguel de Torres-Cabrera y Mayoralgo, Marqués de Torres Cabrera, fué un altísimo poeta. Su bisnieto, el Conde de Canilleros, que tan diestramente pulsa la lira, conserva en su archivo poesías autógrafas de su ilustre bisabuelo, nacido en Cáceres, el 2 de Noviembre de 1818.

Un D. Diego Regidor Romero, culto sacerdote, escribió versos: y obras de teatro. Pero donde más destacó fué en las ciencias políticas, siendo muy notable su *Estudio sobre la armonía existente entre la tradición y progreso*.

De fines del xix y principios del xx son ingenios tan excelentes como D. Juan Becerra y Ladrón de Guevara, fallecido hacia 1910, hombre de celebradas «salidas», chistoso y decidor, periodista temible, volteriano y cínico.

Muy propia para ser traída a colación en nuestros tiempos en que tanto se exalta el trabajo, es el poema de este título del letrado cacereño D. Juan Canales González, cuya última estrofa, muy animosa, incita a ir al tajo al más indolente. Héla aquí

«Mi lira de cristal, rota y maltrecha
al saludarte, en su postrer esfuerzo,

con el vibrar postrero de sus cuerdas,
¡Canta y vive!, Trabajo, te repite;
tu canto es Redención... ¡Bendito seas! »

El jurista D. José Gómez Martínez, Decano del Colegio de Abogados de Cáceres, en *Revista de Extremadura*, publicó a principios de siglo poesías medianas, pero llenas de retruécanos recurrentes y de chispa.

Distinguido juglar fué el también abogado D. Enrique Montánchez y Jiménez, amigo de D. Publio.

Otro cacereño, devoto de las musas, fué el curial D. Pedro Porro Benítez, luego oficial de la Diputación de Badajoz.

El brillante milite D. Federico Reaño, unió en él, el coraje a la dialéctica, siendo aguerrido capitán y en el manejo de la pluma diestro como lo acreditan sus poesías y sobre todo sus excelentes novelas y comedias. Fué muy leída su novela *En tierra extremeña*.

El maestro D. Eduardo Sánchez Garrido, cultivó con acierto todos los géneros literarios, siendo muy querido de los cacereños, que le dedicaron una calle.

Y uno, que tan dado es a la genealogía, precisamente en Cáceres, topa con familia en la que se repite con felicidad la afición a las letras, rayando en alguno de sus miembros con lo genial. Me refiero a la familia Uribarri, afincada en Cáceres desde la llegada de Jerez de los Caballeros, lugar de su nacimiento, del distinguido médico militar D. Benito de Uribarri, cuyos cinco hijos varones fueron vecinos de Cáceres, todos con buenas carreras. Uno de ellos D. Félix de Uribarri y Alba, Profesor de la Escuela Normal de Maestras de Cáceres, con ribetes de literato y periodista, habiendo escrito por los años de 1870, una comedia titulada *La Casa de D. Blas*, que se representó en el teatro de la calle de Peña, con gran hilaridad por parte del auditorio, que conocía a todos los personajes, tan calcados estaban de la realidad, sufrió por ello serios disgustos. En la pieza teatral aludida se tomaban a chacota, y con razón, las sesiones de burdo espiritismo y magnetismo celebradas en casa de D. Blas Palomar.

Don Félix de Uribarri y Alba, contó entre sus hermanos a don Felipe, Curial en la Real Audiencia de Extremadura, padre de don Manuel de Uribarri y Paredes, Abogado en 1895, fundador

con D. Gregorio Crehuet del periódico *El Norte de Extremadura*, y después por sí sólo de la revista jurídica *El Atrio*, que no tuvo más vida que una anualidad (1901). D. Manuel, gran cervantista, fué Notario de Ceclavín, colaborando en la *Gaceta del Notario*, y alguna vez en revistas literarias, donde sus juicios críticos sobre la obra del inmortal manco eran muy apreciados.

Primo hermano de éste e hijo de D. Manuel de Uribarri y Alba, fué el inconmensurable Felipe de Uribarri y Vergel, abogado y sobre todo gran literato, poeta satírico, periodista certero y mordaz, temible en sus polémicas y sobre todo lírico cuyo estro a veces rayó con lo sublime.

Cuando los periódicos de la Corte iniciaron los concursos literarios, hoy tan en boga, Felipe acudió a un certamen de sonetos anunciado por el periódico *Madrid Cómico*, que ofrecía cien pesetas de entonces como galardón al autor del mejor. Y el que escribió Felipe de Uribarri, en Julio de 1891, fué el agraciado. Hélo aquí:

NO SÉ DECIRTE MÁS

•Gloria tiene que haber mientras aspiras
al bien eterno que alcanzar esperas:
en el mundo hay amor, mientras tu quieras,
y en el cielo habrá luz mientras tú mires.

Las puras auras, mientras tú suspires,
besarán a las flores hechiceras:
habrá virtud hasta que tú te mueras,
y habrá belleza mientras tú no expires.

Que por tí que eres causa del anhelo
que siente por la gloria el alma mía,
tienen, el alma amor, vida y consuelo,
la noche estrellas, claridad el día...
y si no hubiera, por desgracia, un Cielo,
cuando murieses tú... ¡Se formaría!

Como humanista se superó a sí mismo, aunque su obra jocosa no es puramente de humor, sino más bien del género satírico, que cuadra más con el carácter español. El humor es para pueblos fríos y tranquilos. Los hispanos preferimos seguir las huellas de don

Francisco Gómez de Quevedo Villegas y Santiviáñez. De corte quevedesco es su semario satírico *El Gazpacho*, que redactaba íntegramente, fundado en Enero de 1891. En el primer número puso esta quintilla anunciadora de su propósito:

«Para que el pueblo no diga
que el nombre me sienta mal,
y pues que el título obliga,
procuraré tener miga,
y aceite y vinagre, y sal.»

Tipo absolutamente genial, de los que hacen época, plagó su vida de incidentes chuscos en los que siempre refulgió esplendoroso el chispeante estro con que natura dotado le había.

Uno de los más comentados incidentes que tuvo Felipe Uribarri, fué el ocurrido con cierto predicador, miembro de próspera y acaudalada Orden que, dejándose llevar de un mal entendido celo, fustigó con poca justicia a la gente pudiente, llegando a darle calificativo de casta de ladrones miserables. El poeta le devolvió la pelota en la ironía de este comentario:

«Dijo Usted en sus amenos
y meditados sermones
que son los ricos ladrones
o la mitad por lo menos.
Y a mí me parece que
no estará en esa mitad
la Santa Comunidad
a que pertenece Usted;
que es también bastante rica,
y de ello Usted es testigo,
pero que da poco trigo
con tanto como predica.»

El último soneto que escribió fué inspirado por el trato de puñadas y puntapiés que un sujeto encanallado asestaba a una desgraciada, flor de lupanar, diciéndole a guisa de reconvención;

«¡TEN CARIDAD!

No mires mal a la mujer perdida;
más que el desdén, la compasión merece.

Si en el placer que pasa se adormece,
tiene en lo más profundo, su alma herida.

Deja que del pasado arrepentida,
palpite, llore, se avergüence y rece,
que en ella la virtud no resplandece
y es su mayor afrenta, su misma vida.
Piensa en que Dios clemente la redime,
y a la gloria divina la levanta
cuando su vida terrenal concluya.

Mira que se arrepiente, sufre, gime.....
que es débil, es mujer, puede ser santa.....
¡Y hasta pudo haber sido madre tuya!

Murió nuestro poeta el 27 de Agosto de 1896, loco a los pocos días de casado, en plena juventud, cuando le sonreía la vida y la fama se llevaba a la boca su clamorosa trompeta para divulgar su nombre por doquier.

Mucho fué lo que escribió con su firma, pero mucho también lo que como «negro» escribió para otros. Uno de estos desaprensivos «mecenas» que se adornaban con plumas de otro, y nunca mejor dicho, fué Manuel Tovar de Vega, opulento y pretencioso mozo de Plasenzuela, creso hacendado. Vivió Tovar de Veja en Cáceres y aficionado a la poesía se autotituló «el vate extremeño», no bardo, palabra que le sonaba a insulto a aquel riquísimo ignorante, pues el gran D. José de Zorrilla, quizá por darle coba por si aflojaba la bolsa, se despidió de él, exclamando: «Adiós, gran bardo», y el de Plasenzuela, creyendo que era un insulto, por poco pega al gran escritor vallisoletano, a la sazón un pobre anciano pobre. Tovarito, como le llamaba todo el mundo, era más devoto en verdad de Baco que de las Musas, y todo ello unido a sus pujos, a su escasa cultura y a lo tosco de su caletre, hizo que se sirviera de plumíferos necesitados que a cambio de convites y de su prudente mecenazgo a la española, dábanle coba y escribíanle versos y lo que se terciara. Uno de sus siervos, escriba asalariado y por lo visto quejoso de lo parvo del óbolo, le respondió con este despiadado soneto:

«Es su cara la jeta de un cochino;
es su andar, el andar de un hotentote.

En su labio desnudo de bigote,
 baila siempre la risa del felino.
 Brusco en su trato, en el pensar ladino,
 alto de cuerpo y en la forma un zote.
 En su escudo adoptó por lema y mote:
 «quien parece el más bruto, es el más fino.»

Y, como es dadivoso y tiene «guita»;
 a todos hace gracia en este mundo,
 en que el «parné» sobre la gracia juega;
 todos se callan, cuando el chico grita,
 todos celebran su lenguaje inmundo,
 y de todos se ríe TOVAR DE VEGA.»

Es posible que este esperpéntico retrato sea de Uribarri, aunque la nobleza del carácter de Felipe, nos incline a creer que no. Uribarri era valiente y si lo hubiera escrito lo hubiera firmado, pues al menos aquella vez Tovar no había pagado nada por el soneto.

Fué muy celebrado un libro «escrito» por Tovar de Vega, en que el «vate extremeño» relataba en verso en un viaje a Tierra Santa y cercano Oriente. En el ejemplar que Uribarri, dedicó de esta obra a D. José Muñoz Torres-Cabrera, ponía «yo te lo juro Pepito» este libro «lo ha escrito (entre comillas). Manuel Tovar, Tovarito.»

Cuentan los que leyeron la obra, que yo no he tenido la dicha de tener a la vista, que era de lo más ameno y jocoso, pues al burdo relato de tan apasionante viaje, hecho por Tovar de Vega, había añadido Uribarri reflexiones picantes y donosas, todo en bien medidos versos, con rima musical y ritmo jacarandoso.

Tovarito no era realmente el tipo casi repugnante reflejado en el soneto de marras, sino un pobre hombre (en cuanto al espíritu, no en cuanto a bolsa), inculto y pretencioso. La gente se reía de él, y él también se reía de la gente, viendo logrado su anhelo de popularidad, pues todos le agasajaban, a todos llamaba de tú y en todas partes era admitido, bien fuere por su dinero o por oírle recitar como propios los versos de Felipe Uribarri.

Tovarito murió a fines de Septiembre de 1908. Juan Becerra y Ladrón de Guevara murió también por entonces y el gran periodista pagó su tributo literario al creso señorito de Plasenzuela escri-

biendo para él versos acrósticos, con cuyas primeras letras podía leerse «lo escribió Becerra no Tovar». Becerra que era óptimo autor en prosa y mediano en verso, no quedó muy allá en sus rimadas y vergonzantes obras «de negro»,

Don Publio Hurtado y Pérez el más grande historiador de Cáceres hasta su época, une a la veracidad una galanura en el estilo que hace que sus libros, tan eruditos, se lean con agrado. Nació don Publio en Cáceres hacia 1860, falleciendo en 1929. Era hombre de trato afable, ingenioso y chispeante. Nadie hasta la fecha ha superado su *Ayuntamiento y Familias Cacerense*, cuyo único defecto es que no cita las fuentes de sus asertos, aunque se comprueba siempre que es cierto cuanto dice, pues en gran parte se basa en documentación del Archivo Municipal, del de protocolos, o de los grandes linajes, adobado todo con tradiciones, y redactado con primor de literato de raza.

Son sus obras históricas más conocidas: *Indianos cacereños, Tribunales y abogados cacereños, Los extremeños en América, Castillos, torres y casas fuertes de la provincia de Cáceres*. De sus obras en verso citaremos: *Amor y martirio y La Mujer Adultera*. También publicó cuentos y novelas, entre las que destacaremos: *El beso mortuorio, El aderezo de perlas, El rizo negro y Tras el eterno ideal*.

Eximio cacereño, es sin discusión una de las auténticas glorias literarias de nuestra ciudad y de España entera.

Hará unos diez años murió el abogado y poeta D. Francisco Belmonte y Romero, que a principios de siglo dirigió el semanario *Alma Extremeña*. Belmonte, dotado de ágil pluma, era un hombre genial y chistoso, difícil, en su atuendo y ademanes un depurado dandy, en su proceder, caballero cumplido.

Digna de parangonarse con el mejor poema de la más exigente antología es una composición suya inspirada en la calumnia, recia, viril e impresionante por la crudeza enérgica con que pinta tan asqueroso pecado.

Hela aquí:

•LA CALUMNIA

Reptil inundo de asquerosa baba,
hipócrita, mezquino, maldiciente.

donde muerde tu diente,
fama honor y prestigio, todo acaba.

No hay por tí honor seguro,
ni paz del alma que turbar no trates;
asfixia tu pulmón el aire puro,
y tramas en la sombra tus combates.

Eres ruin y cobarde:
usas galas y aliños de ramera;
y es un fuego, tu fuego que arde, y arde,
sin humo negro ni fulgor ni hoguera.

Eres cosmopolita:
como el del mal tu origen es eterno;
y tu estirpe maldita
entronca su solar en el infierno.

Tu sanguinaria zarpa
semeja a veces mano que acaricia;
sabe fingir tu voz tañido de arpa,
y cubres de oro falso tu inmundicia.

Te conoco muy bien, te he padecido,
entre las fibras de mis carnes duras
mil veces he sentido
tus fieras y sutiles mordeduras.

Que existas nos conviene,
por contraste a los pechos, esforzados.
No es oro, el oro que crisol no tiene
y es más puro el honor, entre malvados.

¡Ven!... acércate a mí. Vierte el veneno,
que no soy ni un vencido ni un sumiso;
yo estoy hecho a marchar por entre cieno,
y no me salta al rostro lo que piso.

Que tema de tu dardo el golpe fiero
aquél que tenga espíritu lacayo.
Mi cuerpo es pedernal, mi alma es acero
que embotan el empuje de tu rayo.

Dí a los que se alimentan con tu jugo
que, entre las cuerdas de mi lira rota,
tiene para sus lenguas de verdugo
un desprecio, mi canto, en cada nota. »

Esta poesía vió la luz en el semanario cacereño *Brisas Nuevas*,

en Noviembre de 1910, y de ella no hizo gran caso su autor, que se iguala en esta su obra al gran vate francés Rimbaud, que también tiene odas dedicadas al aburrimiento, al odio y a la muerte, duras, expresivas y sobrecogedoras, como la que ofrecimos.

Don Juan Sanguino Michel, nacido en 1859, Director del Museo de su ciudad natal, correspondiente de la Real Academia de la Historia, fundó, junto con otros nueve literatos *Revista de Extremadura*, en 1899, cuyo primer director fué el Marqués de Castrotuerte. A este siguió en la dirección D. Publio Hurtado. En ella colaboraron en principio Luis Grande Baudesson, autor de *Granos de arena* (prosa y verso) y de *Meridionales*, colección de cuentos y poemas premiados en públicos certámenes; Gabriel Llabrés, Daniel Berjano, José Luis Gómez Santana y el ya mencionado Juan Sanguino.

Duró la revista trece años y en ella figuran trabajos de Carolina Coronado y de lo más granado de la intelectualidad extremeña y española.

Y aquí fina mi exposición. Que la antología de la brillante pléyade de literatos cacerenses actuales la haga un sabio de dentro de cuatrocientos años, con más erudición que yo, pero con el mismo cariño que puse en florilegio tal de ingenios de la bimilenaria NORBA, ofrecido a ustedes por mi corto numen, es mi FÉRVIDO DESEO.

Mi único anhelo es cooperar, con todas mis fuerzas a que CÁ-CERES—ciudad por mí soñada antes de conocerla, y agora querida con amor entrañable—, se ponga en el lugar preeminente que su brillante historia y su belleza sin par exigen. ES DE JUSTICIA.

ALFONSO DE FIGUEROA